

tiranos; y aceptaron el riesgo de la destrucción total y propia, antes que abandonar la quimera del imperio único y universal. De contado, hubo también en el planeta perdido, Grocios, Tolstoyes y Gandhis, pacifistas, soñadores, utopistas, poetas; pacifistas befiados y maltrechos, derrotados con huevos apesados, porque predicaban la paz y auguraban la catástrofe inminente. Todo fué inútil; en ese mundo incógnito, de que sólo nos quedan los fragmentos como los de un ánfora griega, se libró también la última guerra. Una humanidad madura para el odio supremo, hastiada quizás de sus progresos, hinchada por exceso de orgullo y sabiduría maléfica, desencadenó con sus armas último modelo, de que se envaneían sus laboratorios y sus técnicos secretos, la desintegración en serie, desgajando continentes, arrancando ciudades de cuajo, gangrenando océanos, hasta romper la entraña del hermoso astro, mayor que Marte y menor que la Tierra, cuyas cenizas podemos contemplar. Arduo trance de una humanidad como la nuestra, fraternal, inquieta, trágica, amante del peligro, de cuyo seno brotaron geniales pero funestas iluminaciones.

Nunca ha parecido a los cosmógrafos acertada la explicación de que el planeta transmarciano, ahora esparcido en asteroides, como infortunado collar de perlas sobre el terciopelo de la noche, pudiera interpretarse como el fallido intento de integración de otro planeta por un anillo de material nebuloso sin suficiente ardor y energía para lograr unificarse. Menos aún, ha ganado consenso la hipótesis de ruptura del astro por el impacto de un cometa. La mísera pequeñez de los planetas en la inmensidad, hace sumamente improbables tales encuentros; correctamente, los cometas evitan tales choques, y más bien con toda elegancia saludan al pasar, barriendo los suelos con su penacho. La eficacia de la ley del acercamiento fatal, de 2.4 radios, que ocasionaría la catástrofe, tal como en los anillos de Saturno, y como se espera de la Luna y de los satélites internos de Júpiter, queda aún por demostrar. Queda, por tanto, abierta a estudio la primera solución, la de una catástrofe inteligentemente provocada, o por ventura, tan audaz como imprudentemente creada, por seres que llegaron a emular con Zeus participando del secreto de los dioses, el manejo del rayo destructor.

Estaríamos, por tanto, frente a los asteroides, ante el mayor asesinato de todos los tiempos; el de un mundo necesario para llenar el vacío notorio en el orden matemático del sistema solar, mundo que habría tenido diámetro hasta de 5.000 millas, más de la mitad del de la Tierra, con volumen hasta de un cuarto de la masa terrestre, es decir, mayor diámetro

y masa que Marte, el rojo fanal alerta de los horizontes telúricos. Claro que esta hipótesis de destrucción inteligente de un mundo, parece provenir de esa zona epopéyica en que se entrelazan y confunden la ciencia y la poesía; de la febril fantasía de Milton, el Dante, o Verne, donde se confunden las utopías de felicidad y bienestar humanos, que se complacen en dibujar los cerobros bondadosos, con los juicios-finales y los terrores milenarios que, como deseo de venganza contra la especie, trazan los rencores de los místicos. Ocurren estas ultra-visiones en las encrucijadas más siniestras de la historia: cuando se exalta la supersensibilidad de los alucinados. Ya, con el mismo fragor con que se oirían en el mundo hebreo los proféticos anuncios de invasiones arias, los físicos nucleares franceses han advertido el peligro de la "desintegración en serie" que puede provocar una guerra atómica. ¿Qué importa? La codicia de los grandes fabricantes de armamentos, que ganaron miles de millones en la pasada guerra, se da el lujo de ignorar semejantes advertencias. Igualmente, la ignorancia y el odio de los que no han llegado aún al concepto de humanidad, y viven divididos por alucinaciones de rencores y de envidia, de bajos apetitos, continúan predicando la urgencia de la guerra que, acaso no haga saltar en pedazos al planeta, pero que, indudablemente, destrozará incontables millones de vidas. Ya el clásico hispánico, dibujando en sombras una calavera escribió el verso inmortal: "La ambición se ríe de la muerte".

En tanto esclarezcanse más estas cuestiones, los asteroides continuarán seguramente aumentando en número y significación; restos

## AHORRAR

es condición sine qua non de una vida disciplinada

## DISCIPLINA

es la más firme base del buen éxito

LA SECCION DE AHORROS  
del

## BANCO ANGLO COSTARRICENSE

(el más antiguo del país)  
está a la orden para que usted  
realice este sano propósito

## AHORRAR

prodigiosos de una explosión planetaria, ante nuestro punto de vista geocéntrico y antropomorfo, como aviso ejemplar colocado en la ruta histórica, para advertir a los hombres del peligro de ir demasiado lejos en el manejo de los secretos naturales, separando la sabiduría técnica de la fraternidad moral y del sentir humanitario.

## Un libro de Glubb Pacha, el sucesor de "Lawrence de Arabia"

Por Juan MARIN

(En el Rep. Amer.)

Así como el célebre Coronel Lawrence publicó hace unos años sus *Siete Pilares de la Sabiduría* ("Seven Pillars of Wisdom"), ahora Glubb Pacha —que parece haber recogido la antorcha arabizante de manos de aquél— acaba de dar a publicidad, con una actualidad que no puede ser más palpitante, su *Story of the Arab Legion*. El mismo halo de misterio y de aventura que rodeó la vida —y aun la discutida y dudosa muerte— de "Lawrence de Arabia", ha envuelto a lo largo de treinta años las andanzas y actividades de Glubb Pacha en el silencio y la aridez de los desiertos de Asia Menor. Ha sido sólo el dramático conflicto que asola hoy las venerables tierras de Palestina el que ha venido a sacar a luz y a colocar en pleno tablero de la actualidad internacional a este Oficial inglés. Su existencia era conocida como la de un misterioso personaje al servicio del Imperio británico; la guerra en Palestina lo ha mostrado en su calidad de Comandante en Jefe de la Legión Árabe, al servicio de uno de los siete países que forman la Liga Árabe: Transjordania. En las cuatrocientas páginas de este libro ameno que se lee como una novela moderna llena de acción y movimiento, el Brigadier John Bagot Glubb nos cuenta cómo desde el año 1920, poco después de salir graduado de la Escuela Militar de su patria, sintió el llamado del desierto. Y desde esa época, sin transiciones ni descanso, sin debilidades ni alternativas, ha combatido y ha educado, ha organizado y construido en medio de los beduí-

nos de los desiertos de Arabia y Siria, de Irak y Transjordania, identificándose totalmente con el espíritu de la raza árabe. Más bien dicho, con el espíritu del beduino, porque, según él, es en el nómada que perviven puras y alquitaradas, todas las virtudes de aquella raza que un día dominó la mayor parte del mundo civilizado creando una cultura propia y bien característica. El libro es, en sí mismo, un vasto y entusiasta tributo al pueblo árabe, a su valor, a sus reglas de "chevalerie" y a su tradicional hospitalidad. Numerosas anécdotas, vividas por el autor en sus innumerables andanzas entre tribus amigas y hostiles, ilustran sus conceptos y rubrican sus afirmaciones. Es, en verdad, un mundo desconocido el que nos ofrece el Brigadier Glubb en esta obra, pues aun aquellos que como nosotros vivimos en el seno de un país árabe y en medio de una colectividad predominantemente islámica, confesamos haber ignorado mucho —la mayor parte diríamos— de lo que el autor nos cuenta sobre el modo de vida de los beduinos, sus costumbres, sus tradiciones, sus fiestas y sus artes. Aun cuando estas cosas son marginales en relación con el título del libro, no dejan de ser por eso menos importantes y cautivadoras. Refiriéndose al objetivo concreto de la obra, Glubb Pacha comienza por ubicarnos en ese mundo confuso y convulso que eran el Cercano y Medio Oriente después de la Guerra Mundial I, cuando la revuelta de Lawrence y el Emir Hussein habían liberado a todos es-

ANTONIO URBANO M.

"EL GREMIO"

TELEFONO 2157  
APARTADO 470

Almacén de Abarrotes  
al por mayor

San José — Costa Rica